

reunidos el ejército, la corte y un inmenso gentío, atraído por la curiosidad, tembló la tierra con tal violencia, que la ciudad fué destruida; hasta el mismo Trajano salió contuso, y todo el imperio tuvo que sufrir en el desastre de una ciudad sola. Otras calamidades señalaron además su reinado, el hambre, la peste, los terremotos. En Roma salió de madre el Tiber, y excitaron el horror general tres vestales que fueron convictas de haber violado sus votos y enterradas vivas. Como si no bastara este sacrificio á las añejas supersticiones, ordenaron los libros sibilinos, como ya lo habían hecho, sepultar vivos en el *Forum boarium* á dos griegos y á dos galos, tomando de cada uno de los dos pueblos una mujer y un hombre; y obedecieron los romanos, á pesar de que clamaban en alta voz contra la barbarie de los galos y de los bretones, porque rociaban con sangre humana los altares de sus divinidades.

Al asomar la primavera empezó Trajano una correría, que puede llamarse verdaderamente histórica, no proponiéndose por objeto tanto conquistar, como desplegar á los ojos de las naciones la majestad y el poderío del imperio romano. Después de haber visitado las colinas desde donde descendió la primera civilización del mundo, se embarcó en el Tigris con rumbo al Golfo Pérsico, entró en el Océano, y descubriendo un barco que navegaba hácia la India, dijo: *Si yo fuera más joven, llevaría la guerra á esa comarca.* Entonces se encamina á la Arabia Feliz, se hace dueño del puerto de Aden, allende el estrecho de Bab-el-Mandeb, y no cesa de anunciar al Senado la sumisión de nuevos países. Por último, no pudiendo pasar adelante, regresa á Babilonia y sobre sus ruinas ofrece sacrificios en honor de Alejandro.

A la sazón rayaba el imperio en el apogeo de su grandeza, si bien duró poco tiempo, puesto que el mismo Trajano vió malograrse sus propios trabajos. El terremoto, que produjo trastornos en tantas comarcas, pareció á los judíos una señal precursora de la caída del imperio, y en todas partes, y con especialidad con Africa, se sublevaron furiosos. Al principio alcanzaron ventajas en Alejandría; pero cobrando brío los griegos, restablecieron su fortuna y asesinaron á todos los rebeldes sin distinción ninguna. Los de Cirene, promovedores de la rebelión, re-

corrieron las llanuras de Egipto, señalando su tránsito el saqueo, y no satisfechos con matare á sus enemigos, se los comían y se vestían con su piel sangrienta. Cuéntase que asesinaron á doscientas mil personas en la Libia, á doscientas cincuenta mil en la isla de Chipre, y redujeron á cenizas á Salamina. Trajano envió tropas para expulsarlos de la Libia; fueron aniquilados en Chipre, y si posteriormente se encontraba arrojado allí alguno de ellos por su mala fortuna, era hecho pedazos. Así quedó sofocado en todas partes el incendio.

Pero el ejemplo fué contagioso, y muchos países recientemente conquistados quebrantaron sus cadenas, lo cual obligó á Trajano á correr de un lado á otro para tenerlos á raya. Obligóle una hidropesía á tornar á Italia, y todos aquellos países se insurreccionaron á un mismo tiempo. Levantados en masa los partos depusieron al rey Partamaspatís, que les había sido impuesto; los armenios eligieron uno á su gusto; la Mesopotamia se sometió á los partos, y fueron infructuosos tantos gastos y tal derrochamiento de sangre.

Llegado á Selinunta en Cilicia, murió el emperador (10 de Agosto de 117), después de un reinado de diez y nueve años y medio. En Roma se recibieron como en triunfo sus cenizas, llevadas allí por Plotina, su viuda, y por Avidia, su sobrina; y contra las antiguas leyes, fueron depositadas en lo interior de la ciudad, bajo la columna destinada á recordar sus conquistas.

Magníficos trabajos debían conservar su memoria, y con especialidad sus excelentes caminos. Podemos citar aquí el que conducía desde el Ponto Euxino hasta las Galias; el que cruzaba las ciénagas Pontinas. Abrió en Roma bibliotecas y un teatro, ensanchó el circo, reparó importantes edificios, llevó á la ciudad nuevas aguas. Admirábase especialmente el foro que recibió su nombre. Sobre el sitio de una colina que se había aplanado, de figura cuadrada (144 pies), rodeado de pórticos, ornado con cuatro arcos de triunfo y con gran número de palacios y de pequeños templos, parecía un prodigio en la ciudad de las maravillas.

Algun esplendor restituyó á las letras la felicidad harto rara de que se gozó bajo su reinado, en cuyo curso podía cada cual pensar lo que quería y decir lo que pensaba.

Duélenos observar que la historia, tan perfectamente informada de las atrocidades de un Nerón ó de un Calígula, esté reducida á no conocer lo concerniente á Trajano sino por un inexacto compendio y un panegírico elocuente. Pero no olvida que dos siglos y medio después de la muerte de este príncipe, y al saludar á un nuevo emperador, el Senado le deseó que fuera más feliz que Augusto y más virtuoso que Trajano.

## CAPITULO IX

Adriano.

Abriendo al acaso la *Eneida* Publio Ælio Adriano, español que había nacido en Roma, fijó sus ojos en estos versos del canto VI relativos á Numa:

Quis procul illi autem, ramis insignis olivæ  
Sacra ferens? Nosco crines incanaque mensa  
Regis romanis, primus qui legibus urbem  
Fundavit, Curibus parvis et paupere terra  
Missus in imperium magnum.

y creyó leer en ellos un vaticinio que le anunciaba que sería emperador y legislador. Efectivamente, fué lo uno y lo otro. Sirvió bajo Trajano y se granjeó su afecto, procurando y consiguiendo hacerle sucesor suyo, después de haberle dado en matrimonio á Sabina, sobrina de su hermana. Saludado como emperador por el ejército reunido en Antioquía, escribe al Senado para excusarse de haber admitido, y á fin de suplicarle la confirmación de aquel título. Decrétales el Senado el triunfo, pero él lo rehusa y coloca sobre el carro la estatua de Trajano. Fastuoso y avaro, grande y frívolo, clemente y vengativo alternativamente, ofrece un prodigioso conjunto de vicios y virtudes. Le bastaba haber leído un libro para saberlo de memoria. Dictaba á la vez muchas cartas y daba audiencia á muchos ministros con quienes trataba de diferentes negocios; conoció por su nombre á cuantos habían servido á sus órdenes. También era versado en las ciencias, en la gramática, en la elocuencia, tanto como el hombre más instruido de su siglo. Además de la filosofía, de la astrología y de las matemáticas, poseía la medicina, esculpía, cantaba, tocaba instrumentos, pintaba, especialmente figuras obscenas, así como imitaciones ó más bien fal-

sificaciones de la naturaleza. Compuso muchas obras en verso y en prosa, entre otras un poema titulado la *Alejandriada*, discursos sobre la gramática, otros sobre el arte de la guerra y sus propios fastos, publicados bajo el nombre de sus libertos. Es supuesto el diálogo con Epicuro, en que somete diversas cuestiones al mejor filósofo de su tiempo, el cual las resuelve; pero entre máximas falsas, ridículas ó triviales, se encuentran otras excelentes, por ejemplo esta:—*¿Qué es la paz? Una libertad tranquila.—¿Qué es la libertad? Virtud é inocencia.*

Adriano tenía un gusto estrambótico en materia de literatura; prefería Catón á Cicerón, Antímaco á Homero, Ennio á Virgilio, Cœlio á Salustio; llegó hasta á meditar la destrucción de los poemas de Homero. Si quería uno conciliarse su valimiento, bastaba dar á luz destempladas críticas, como hizo Largio Lucinio, autor del *Ciceronástico*, diatriba violenta contra el padre de la elocuencia latina. Cantaba en licenciosos versos las alabanzas de sus favoritos, otros poetas le hacían coro por el mismo tono. Rodeábanle los sofistas, raza impudente, codiciosa, venal, que hablaba de un modo y procedía de otro, y sólo servía para defender el pró y el contra. Adriano, que sin abrazar ninguna secta las toleraba todas, se complacía en oír sus disputas, así como en hacer improvisar á los poetas. ¡Infeliz del que pretendiera disputarle la palma á que aspiraba en todas las cosas! Tomó ódio á Dionisio de Mileto y á Caninio Celer porque no se prestaron á permitirle brillar á expensas de su renombre, como lo hacía sin duda Heliodoro su favorito. Cierta día que había criticado el emperador una expresión empleada por el filósofo Favorino, éste reconoció su falta, aunque podía apoyarse en ejemplos clásicos, y como esto llenara de asombro á sus amigos, les dijo: *¿Queríais que compitiera en sabiduría con un hombre que manda treinta legiones?* Apolodoro, el célebre arquitecto, que había dirigido las construcciones de Trajano, no tuvo en verdad la misma prudencia. En respuesta á una censura que le dirigía el emperador sobre su arte, le dijo, aludiendo á un género de pintura que le divertía particularmente: *Id á pintar cohombros.* Habiendo visto otra vez una Venus y una Roma esculpidas por su mano, estatuas sentadas, si bien de desproporcionada estatura

para el pequeño templo destinado á recibirlas, se explicó de esta manera: *Y en el caso de que se pongan de pié, ¿dónde han de colocarse?* Su ingenuidad le costó la vida: nuevo ejemplo de lo peligroso que es chancearse con los poderosos.

Adriano impuso el nombre de Ælia á las colonias y á las ciudades por él fundadas ó reconstruidas, y por todas partes multiplicó monumentos en que hacia inscribir su nombre: Atenas y Grecia quedaron llenas de ellos. En Roma se edificó el Panteon, el templo de Nuptuno, la gran plaza de Augusto, los baños de Agripina, sin hablar de las nuevas construcciones, contándose entre las principales su sepulcro, conocido con el nombre de muelle de Adriano, y su casa de recreo de Tívoli. Consistía este muelle en un puente sobre el Tiber y en un mausoleo, que es actualmente el castillo de Santo Angelo. Aún es un admirable monumento, despues de haber suministrado estatuas, columnas y ornamentos á los edificios del tiempo de la decadencia, y proyectiles durante las guerras entre Totila y Belisario. El carro sobrepuesto al cornisamento parecia desde abajo muy poca cosa, y sin embargo, era tanta su mole, que, segun Esparciano, hubiera podido pasar un hombre por los ojos de los caballos. Adriano imitó en sus jardines de Tívoli todo lo que habia admirado en sus viajes; los puntos de vista más celebrados de Grecia y Egipto; el Liceo, la Academia, el Pritaneo, el Proecilo, el valle de Tempe. Veíase tambien allí una pintura del infierno. Habia dado á diferentes compartimentos los nombres de las provincias que habia recorrido, y plantas exóticas las traian á la memoria; embellecian aquella mansion vasos, estatuas, inscripciones, una porcion de objetos raros y de todas clases.

A su advenimiento al trono dijo á los que le habian ofendido cuando era simple particula: *Podeis contaros seguros.* Como se le excitara á enfurecerse contra personas sospechosas de querer trastornar el Estado, respondió que sería injusto querer castigar un delito sólo porque fuera probable. Habiendo desatendido las súplicas de una mujer anciana con decirle: *No tengo tiempo,* esta repuso: *¿Y entonces por qué eres emperador?* de cuyas resultas hizo derecho á su demanda. Cierta dia que el pueblo

pedia durante el espectáculo una cosa inconveniente, envió el heraldo para que le impusiera silencio. Pero habiendo dicho éste, por el contrario: *El emperador pide que procedais de tal ó tal manera,* le agradó que hubiera modificado así sus órdenes y aún le dió recompensas.

Obraba familiarmente con sus amigos y con sus libertos y exigía que le tratasen con entera libertad, no negándoles nunca y anticipándose á menudo á sus deseos. Sin embargo, no concedió á sus libertos dominante influencia. Y aunque hasta entonces habia sido su patrimonio exclusivo los empleos de secretario y mayordomo de su casa, instituyó caballeros á algunos de ellos. ¡Por lo demas infelices de aquellos que traficando con su crédito hubieran admitido regalos! Habiendo visto á un esclavo suyo pasearse entre dos senadores, envió á que le dieran una bofetada y le dijo: *¿Cómo tienes valor para igualarte con personajes de quienes mañana puedes ser esclavo?*

Prodigó mas liberalidades que el mismo Trajano á los niños pobres y al pueblo. Señaló pensiones y distribuyó donativos á los caballeros, á los senadores y á los magistrados de escasa fortuna. Al celebrarse las fiestas de Saturno, cuando sus amigos iban segun costumbre á ofrecerle aguinaldos, se aprovechaba de aquella coyuntura para hacerles todavía más ricos; y durante sus viajes, que consumieron diez y siete años de los veinte que ocupó el trono, dejó por todas partes insignes pruebas de su largueza.

A nadie despojaba de su hacienda; antes, bien, alivió el peso de muchos impuestos y no admitió ninguna manda de los que á su muerte dejaban hijos. A su advenimiento al trono perdonó todo cuanto se debía al tesoro, así en Roma como en Italia, y extinguió las deudas contraidas hacia diez y seis años por las provincias; quemó las obligaciones, dando así margen á uno de los más esplendentes fuegos de alborozo que pueden ver jamás los pueblos.

Iba á casa de los cónsules, asistía á las asambleas, dispensaba á los senadores de acudir á visitarle, á menos que tuvieran que hablarle de negocios, y se dirigía en litera á la curia, á fin de que no hubiera necesidad de escoltarle. Arrancó á los caballeros el juicio de

las causas en que estaban implicados los senadores, y no admitió la apelacion al trono de las decisiones del Senado.

A pesar de todo no supo cerrar oidos á los delatores, y esto por manía de conocer lo que hacian los demas, defecto reprehensible en todos y deplorable en un príncipe más que en ningun otro. Tuvo ojeriza y alejó de su lado aquellos á quienes debia el imperio. Por miedo de que se sacara provecho de sus continuos viajes para una revolucion, restringió el poder de los magistrados de dia en dia, y puso el gobierno en la senda de una monarquía verdadera. Trató á Julia Sabina ménos como mujer que como esclava, y se cree que acabó por hacer que se le administrara veneno. No carecia de fundamento su desvío hácia ella, pues se jactaba descaradamente de haber tomado precauciones para no tener hijos suyos, por estar persuadida de que si le nacia un hijo habia de ser para baldon y ruina del género humano.

Para prefectos del pretorio escogió á Cælio Taciano, su tutor, y á Similis. Este último, poco ambicioso, hizo dimision á los tres años; y habiéndose retirado al campo donde vivió todavía siete, mandó escribir sobre su sepultura: *He pasado setenta años sobre la tierra; he vivido siete.* Al revés Taciano, incitaba á su soberano á mostrarse rigoroso, y la opinion pública le imputó la muerte de cuatro personajes consulares, antes amigos de Adriano, condenados despues por el Senado como culpables de conjuracion, aún cuando generalmente se les reputaba por inocentes. Siguiéronles otros muchos como cómplices, hasta que Adriano prohibió los procedimientos por delitos de lesa majestad, y cayó de consiguiente Taciano en desgracia.

Omitiendo hablar de su pasion por los perros y por las caballos, que llevaba hasta el extremo de erigirles monumentos suntuosos, dejó testimonio de su vergonzosa depravacion en los versos que prodigó extraordinariamente en lóor de sus queridos. Amó con estravagante pasion á un jóven hitinio llamado Antinoo; y sin embargo, habiéndole dado á entender las operaciones mágicas á que se entregaba con ardor, que para prolongar sus dias se necesitaba que un hombre derramara voluntariamente su sangre; como no hallara á nadie bastante

generoso para consagrarle por este medio su vida, aceptó el sacrificio que Antinoo consintió en hacerle de su mocedad, de su hermosura y de su existencia. Cuando le hubo inmolado, el favorito le lloró como á una amante adorada, mandó construir sobre el Nilo una ciudad á que dió su nombre, y quiso que los griegos le colocaran en la categoria de los dioses; llenó el mundo con sus estatuas y con sus templos, levantóle uno especialmente en Mantinea, teatro en otro tiempo de la gloria de Epaminondas, convertido á la sazón en palestra del envilecimiento de los griegos, quienes acudian allí á celebrar solemnes juegos y recorrer los oráculos de aquel dios innoble. Obtuvo el poeta Pancrates recompensas y un destino en el Museo, por haber llamado Antioyo á una especie de loto que habia brotado sobre la sepultura de aquel mancebo. Descubrieron los astrónomos su estrella en el cielo como se habian descubierto las de César y de Berenice. Erigióse un templo sobre su sepulcro, donde no cesaron de multiplicarse los milagros; allí se instituyeron juegos y misterios, disputándose todos la palma de ser sacerdotes de aquella divinidad extraña.

Fácil es de imaginar lo que pensaban los cristianos de tamañas indignidades. Respecto de ellos no usó la misma tolerancia que con las demas sectas, y por devocion á sus dioses permitió quitar la vida á los que les hacian ultraje. Conociendo entonces los cristianos el poder que da el número, no se contentaron ya con morir bendiciendo á sus perseguidores, sino que se dirigian al tribunal para justificar allí públicamente su inocencia; y Justino proclamaba que el poder de los príncipes, cuando prefieren la opinion á la verdad, no se diferencia del poder de los bandidos en el desierto. Cuéntase que, conmovido Adriano por las apologias de Cuadrato y de Aristides, suspendió las persecuciones, y hasta se proponia abrir un templo á Cristo, cuando los oráculos le apartaron de aquel propósito, haciéndole presente que aquel nuevo templo haria que todos los demas quedaran vacíos.

En el ejército vivía como los soldados, marchando á pié y con la cabeza desnuda en medio de las escarchas de los Alpes ó de las abrasadas arenas del Africa. Como conocia individual-

mente á todos sus soldados, no daba ascensos sino á los más dignos. Operó muchas reformas, y fué la primera de ellas agregar á cada compañía zapadores é ingenieros, provistos de todo el material necesario para las construcciones militares. Lejos de dilatar sus conquistas, ni aun siquiera conservó todas las de Trajano. Ya fuese por envidia de su predecesor, ó moderación y prudencia, llamó sus tropas de la Armenia, de la Mesopotamia y del Africa, dejando á los armenios que escogieran un rey á su gusto, á los partos restablecer á Chosroas, fijando por aquel lado en la ribera del Eufrates el límite del imperio. Habiera renunciado de la misma manera el territorio arrancado á los dacios, si no le hubiera apartado de este designio la consideración de haberse establecido allí gran número de romanos; pero bajo el pretexto de que el puente sobre el Danubio podía facilitar el paso á los bárbaros, mandó que fuera cortado; y obstruida la corriente del río con sus escombros, hubo de abrirse otro cauce.

Decía la tradición que el Dios Término no había querido retirarse del Capitolio, ni aun para ceder el puesto á Júpiter; era símbolo de la inmovilidad del imperio. Ahora bien, este primer paso hacía atrás, dado por los romanos al abandonar sus conquistas, fué considerado como un siniestro presagio, y así lo confirmó el tiempo.

Ya hemos hablado de la nueva sublevación de los judíos á las órdenes de Barcocebas (134), y de qué modo fueron castigados por Adriano, quien hasta insultó su culto. Pero tan cara costó la victoria, que el emperador no se atrevió á empezar el despacho en que se la participaba al Senado con la fórmula ordinaria: «*Yo y el ejército estamos sanos y salvos.*»

Farasmano, rey de Iberia, se presentó en Roma para refutar las quejas dirigidas por Vologeso, rey de Armenia; llevó magníficos regalos, en cambio de los cuales le hizo Adriano otros más espléndidos todavía; contándose entre ellos cincuenta elefantes con cincuenta hombres destinados á su cuidado. Ensanchó sus Estados, le mandó erigir una estatua ecuestre, y le permitió sacrificar en el Capitolio; luego ostentó el extraño capricho de hacer lidiar en la arena á trescientos reos vestidos con los ricos trajes que le había regalado aquel monarca.

Habiendo penetrado en la Armenia los alanos y los masagetos se adelantaron hasta Capadocia; pero fueron detenidos por Flavio Arriano, gobernador de esta provincia. Era probablemente el que hizo un viaje al Ponto Euxino, y escribió su relato. Partiendo desde Trebisonda, donde el emperador mandaba levantar un templo á Mercurio, hizo rumbo al Oriente, inspeccionando las guarniciones romanas. Cruzó el Faso, cuyas aguas se mantenían por largo tiempo flotantes, á causa de su mayor ligereza sobre las del mar, y abordó en último lugar á Sebastopol. Después envió al emperador una relación detallada, agregándole una noticia sobre las costas de Asia, de Bizancio á Trebisonda, de Sebastopol al Bósforo Cimeriano, y desde allí á Bizancio.

Diciendo Adriano que el emperador debe fijar sus ojos á semejanza del sol en todos los países, visitó todas las provincias sometidas á su obediencia. Empezó por las Galias, después de haber inspeccionado las plazas fuertes, pasó á Germania, donde estaban acantonadas las mejores tropas, y restableció allí la disciplina. En Bretaña reformó los abusos; y como desde que había abandonado Agrícola el país, recobraron los caledonios su salvaje independencia, mandó construir para atajar sus escursiones una muralla que, partiendo de Eden en el Cumberland, se extendía hasta el Tyne en el Northumberland, en una longitud de ochenta millas. Habiéndose encaminado á España reedificó el templo de Augusto erigido por Tiberio en la Tarraconense, y se exforzó á fin de poner término con una asamblea general á las discusiones que existían en aquel territorio. En Atenas hizo que le iniciasen en los misterios de Eleusis, é inspirado por la divinidad se pregonó dios y se dejó adorar en el templo de Júpiter Olímpico, que empezado por Pisistrato hacia quinientos sesenta años, se acabó por orden suya. Reconstruyó parte de la ciudad bajo el nombre de Adrianópolis, dándole dinero, granos, la isla entera de Ctalonia, y una constitución, que modelada sobre la antigua, atribuía el gobierno al pueblo y los juicios al Senado. En cambio le saludaron los atenienses con el nombre de legislador panhelenio, y le dedicaron un templo, así como una ciudad en Delos bajo el nombre de Olimpia.

Una conferencia que tuvo con Chosroes desbarató una amenazadora guerra de los partos, lo cual le permitió visitar sosegadamente la Cilicia, la Licia, la Pamfilia, la Capadocia, la Bitinia, y la Frigia. Donde quiera dejó templos, plazas, monumentos notables, como había hecho en Nimes, como hizo en Nicomedia, en Nicea, en Cízica y en otros puntos. Reedificó también las ciudades de la Bitinia, trastornadas por el terremoto, y los reyes que habían acudido á saludarle, y los embajadores diputados cerca de su persona, recibieron inequívocas señales de su munificencia.

Recorriendo las islas del Archipiélago ganó la Acaia y se dirigió á Sicilia, donde trepó á la cumbre del Etna, como había trepado al monte Casio en Siria, para contemplar desde allí el sol haciendo resplandecer á su salida los colores del arco iris. Su llegada á Africa fué señalada con un fenómeno en que se quiso ver un prodigio; cayeron en abundancia las lluvias aguardadas inútilmente hacia cinco años. En Pelusa honró el sepulcro de Pompeyo; en Tebas fué á oír los sonidos que producía la estatua de Memnon; en Alejandría admiró el museo fundado por Ptolomeo Filadelfo y aumentado por el emperador Claudio; interrogó á los hombres de letras á quienes halló reunidos, y les contestó con la discreción y talento que debía distinguir siempre á cuanto sale de boca de un emperador. Restituyó á los Alejandrinos la integridad de sus privilegios, restringidos por sus predecesores. Pero los humildes parabienes que le tributaban cuando se hallaba presente se tornaron en befa y escarnio luego que estuvo lejos.

«He estudiado perfectamente, escribía á Serviano, su cuñado, á los egipcios de quienes me hablas. Es un pueblo versátil y ligero; los que adoran á Serapis son cristianos, y sus obispos hacen profesión de honrar á este Dios. No hay un jefe de la sinagoga de los judíos, ni en la de los samaritanos, ni un sacerdote cristiano que no sea matemático, arúspice, charlatan. Hasta el patriarca cuando va á Egipto se vé obligado por los unos á rendir el homenaje á Serapis y por los otros á Cristo. Son sediciosos y están henchidos de vanidad; sólo para criticar tienen ojos. Su ciudad abunda en todo, y nadie está ocioso en su recinto, ni aun siquiera los ciegos.

Uno sopla el vidrio, otro hace papel, tejen algunos, todos se ocupan en algún oficio.»

Entre estos diferentes viajes volvió Adriano de vez en cuando á Roma, donde organizó sobre nuevas bases los cargos del palacio, el servicio militar, la administración de justicia, lo cual subsistió hasta el siglo IV. Procedió con sujeción á los consejos de los mejores jurisconsultos, Nesacio, Prisco, Jubencio, Celso, Salvio y Juliano; y de orden suya recogió este último en el *Edicto perpétuo*, las mejores leyes emanadas hasta allí de los sacerdotes. Quizás Adriano arrancó así á estos magistrados el derecho de determinar los principios legales, con arreglo á los cuales administraran justicia durante el tiempo de su ejercicio, obligándole á atenerse á este edicto imperial, que figuró como base del derecho romano, hasta el código Teodosiano, y vino á ser el fundamento de las Pandectas.

Entre el número de leyes promulgadas en su tiempo citaremos las prescripciones siguientes: una duodécima parte de los bienes paternos debía quedar siempre á los hijos de los proscritos; el que hallaba un tesoro en terreno de su propiedad podía considerárselo como suyo; le pertenecía la mitad si lo hallaba en territorio ajeno; debían ser azotados los pródigos en el anfiteatro y desterrados luego. Prohibió los sacrificios humanos; sin embargo, continuaron inmolar en Africa niños á Saturno y hombres dentro de la misma Roma hasta el tiempo de Constantino.

Los *ergástulos*, en que los romanos hacían trabajar á los esclavos servían de refugio á ciertos individuos, que conseguían de este modo libertarse del servicio militar ó de los castigos á que se les había condenado; también á veces eran conducidos allí hombres libres para un trabajo forzado y no se oía hablar más de ellos. Adriano los abolió, á excepción de los que pertenecían al emperador ó al Estado, y vedó á los señores quitar la vida á los esclavos.

Atacado de hidropesía designó por su sucesor á L. Aurelio Annio Ceronio Commodo Vero *Elío César*; con la vanidad se aumentaba el número de los nombres. De majestuosa apostura y rico de conocimientos, si bien de costumbres relajadas, la malignidad, que no siempre dá el golpe en vago, hizo circular siniestros rumores acerca de las condiciones misteriosas que

le habian valido ser adoptado por el emperador. Cuando viajaba Vero llevaba en torno de su carro esclavos á quienes daba los nombres de los vientos y que llevaban alas. Su lectura favorita eran el *Arte de amar* de Ovidio y los epigramas de Marcial, á quien llamaba su Virgilio. Reconviéndole un dia su esposa porque daba la preferencia á mujeres perdidas, le respondió: *El nombre de esposa es un título de honor, no de placer*. Acababa de llegar de la Pannonia, cuando murió en Roma, donde se le hicieron exequias imperiales seguidas del apoteosis. Entonces adoptó Adriano á Tito Antonino (25 de Febrero de 137), á condicion de que habia de adoptar él á M. Aurelio Vero y á L. Vero, hijo del difunto.

A la sazón se retiró Adriano, como Tiberio, á Caprea, á su casa de recreo á Tivoli, donde habia amontonado todas las magnificencias; y allí se abandonó, en cuanto su debilitada salud se lo permitiera, á todos los desórdenes de que el paganismo no sabia sonrojarse. Tocado en medio de los placeres de accesos de crueldad, despachaba desde allí órdenes sanguinarias, que arrastraron á la muerte á muchos ciudadanos; otros fueron escondidos por Antonino. Adriano buscaba en la magia remedios á su enfermedad, y sus dolencias le indujeron á probar muchas veces á darse muerte. Se llegó hasta recurrir á milagros para distraerle de su mal. Presentósele una mujer ciega diciendo: *En un sueño se me avisó de que te intimara que conservarás tu vida, y como haya dilatado obedecerle, se ha oscurecido mi vista; pero en otro sueño se me ha asegurado, que la recobraría tan luego como besara los pies al emperador*; lo cual no dejó de acontecer al punto. Apenas fué tocado por él otro ciego, cuando recuperó el uso de sus ojos, al mismo tiempo que cesaba un fuerte acceso de calentura que padecía Adriano. Divertíase Roma con aquellos ridículos medios, que infundian algun valor al emperador cada dia más decaído.

Cansado, en fin, de remedios, dijo: *Los médicos me han de quitar la vida*, y se puso á comer y á beber á su antojo. A consecuencia de sus excesos murió (10 de Julio de 138), despues de haber vivido sesenta y dos años y medio y de haber reinado veintiuno. En estos últimos momento pareció recobrar la calma que habia

perdido, si es verdad que hizo estos versos, criticados entonces, y que forman, sin embargo, una de las composiciones más delicadas de aquel tiempo.

Animula, vagula, blandula,  
Hospes comesque corporis,  
Quæ nunc abibis in loca?  
Palidula, rígida, nudula,  
Nec, ut soles, dabis jocos.

Irritado el Senado de sus últimas crueldades, quiso derogar sus disposiciones y negarle los solemnes funerales; pero cediendo despues á las amenazas de los soldados y á los ruegos de Antonino, le concedió todos los honores de costumbre. Sus cenizas fueron depositadas en el soberbio muelle á orillas del Tiber. Fué colocado entre los dioses y se le erigió un templo en Puzzolas.

## CAPITULO X

Los Antoninos

Habia sido el reinado de Trajano una perpétua guerra; el de Adriano un movimiento continuo; Antonino vivió en una tranquilidad constante, y en veintitres años no se movió de Lanuvio, donde tenia su casa de recreo. Habia nacido en Nimes (19 de Setiembre de 83), y su natural dulzura le hizo ganar el afecto de deudos y amigos. Dedicóse con preferencia al servicio de la milicia, que á pesar de todo no le estorbó ejercer muchas magistraturas, hasta que llegó á ser (138) uno de los mejores príncipes de que hace mencion la historia. Acogiendo á los más humildes ciudadanos prestaba oídos á las quejas alegadas contra los oficiales y los magistrados. Sin intrigas de ninguna especie se conquistó el favor del pueblo; desdenando los ruidosos aplausos, delicia de sus antecesores, no queria adular, ni ser adulado. Magnífico sin lujo, económico sin ruindad, se complacia en acomodarse á los antiguos usos sin hacerse esclavo de ellos. Respetuoso hácia los dioses de su patria intervenia en las ceremonias públicas del culto, y ofrecia como pontífice supremo los sacrificios que los sacerdotes inferiores ofrecian antes á nombre del soberano del imperio. Tampoco persiguió á los cristianos, antes bien aceptó la apología hecha por el mártir Justino, y prohibió que se les inquie-

tara. Con este fin escribió á las ciudades de Atenas, de Tesalónica, de Larisa y á todos los griegos, elogiando á aquellos hombres que existian con la vida del espíritu, por su valor y por sus costumbres; y áun cuando sólo juzgaba en comparacion de las virtudes antiguas, la tradicion filosófica le permitió respetar en ellos su fé y su grandeza.

Tenia completa confianza en sus amigos, y como los habia escogido probándolos, no tenia necesidad de cambiar de amistades. Con dificultad se resolvía á mudar de dependientes, á ménos que lo solicitasen ellos, y durante todo su reinado dejó á Gavio Máximo ejercer las funciones de prefecto de los pretorianos. Enemigo clemente soportaba la ingenuidad y hasta la injuria. Disminuyó los suplicios contentándose con reducir á los delinquentes á la imposibilidad de producir daño. Prometió no castigar á ningun senador con la pena de muerte, y cumplió tan felizmente su palabra, que por declaracion de uno de ellos, culpable de parricidio, le confinó únicamente á una isla deshabitada. Dos fueron acusados de conspiracion; pero se suicidó uno de ellos y el otro fué proscripto por decreto del Senado, á quien vedó el emperador continuar las indagaciones, diciendo: *Tengo poquísimos deseos de dar á conocer el número de personas que me profesan odio*. Solia decir á menudo: *Vale más salvar á un ciudadano que exterminar á mil enemigos*.

Excitando su admiracion ciertas columnas de pórfido que veia en casa de Valerio Homulo, preguntó al dueño de la casa dónde las habia comprado, y su huésped le respondió de este modo: *No se deben tener ojos ni oídos en casa ajena*, y el emperador halló ajustada á la razon esta respuesta. A su llegada al Asia en calidad de procónsul se alojó la primera noche en casa de Polemon, el más célebre sofista de Esmirna. Retirándose éste muy tarde, se querelló de que se hubieran apoderado de aquel modo de su casa, y Antonino salió de ella para buscar otro albergue, á pesar de ser hora muy avanzada de la noche. Ya ascendido al imperio, llegó Polemon á Roma á hacerle la corte, y Antonino le recibió con las más honoríficas distinciones; la única venganza que tomó fué recordarle su dureza, recomendando que nadie osara echarle de su aposento, ni áun de dia. Posteriormente

como llegara á quejarse un cómico de que Polemon le habia expulsado del teatro á la mitad del dia, le respondió Antonino: *A mí me echó de su casa á media noche, y sin embargo no me quejé á nadie*.

Envió á Chalcis de Siria en busca del historiador Apolonio para encargarle la educacion de Marco Aurelio. Llegado á Roma con una multitud de discípulos, que Lucio compara á los argonautas yendo á la conquista del vello-cino de oro, Antonino le invitó á que se presentara en palacio, á lo cual contestó el filósofo orgulloso: *Al discípulo corresponde venir á buscar á su maestro*. Y haciendo justicia á la necia vanidad del estóico, mandó á Marco Aurelio que fuera á visitarle.

Manteniase Antonino en guardia hasta contra toda ostentacion filosófica, y cuando sus cortesanos reprobaban las lágrimas que vertia Marco Aurelio por la muerte de su abuelo, les decia: *Dejadle y tolerad que sea hombre, puesto que ni la filosofía, ni la dignidad imperial deben extinguir en nuestros corazones los sentimientos de la naturaleza*. Mostróse, pues, hombre siempre afectuoso hácia Adriano, despues de su muerte como durante su vida, y mereció así el sobrenombre honorífico y nuevo de *Piadoso*.

Se siente saber muy poco de su persona y que sea necesario rebuscar aquí y allá algunas noticias que le sean concernientes, sin poder seguir el orden de los tiempos. Deferente hasta lo sumo con senadores y caballeros, les daba cuenta de su administracion, permitia al pueblo elegir los magistrados, y solicitaba como simple particular el nombramiento de los cargos para sí y para sus hijos. Suprimió las pensiones señaladas por Adriano á los aduladores de oficio, no por avaricia, pues rehusaba la herencia de los que dejaban descendientes y restituia á los hijos los bienes confiscados al padre, salvo las reparaciones respecto de las provincias que habian padecido de resultas. Indultó completamente á las ciudades italianas, y par mitad á las demas, del donativo que era costumbre ofrecer el nuevo emperador (*aurum coronarium*); aligeró los impuestos y veló á fin de que fueran recaudados con humanidad. Si acontecia algun desastre, era su primer cuidado otorgar descargo de impuestos á los países